



El Ataúd De Mi Hijo

Comentario [LT1]:

Edmundo González Blanco

A la entrada de la ría de X***, bahía natural de constantes resacas que descienden como otras tantas corrientes de los terrenos altos de la costa, una pintoresca aldea, más ancha y menos poblada que las demás, parece haber sido puesta por el Destino para consuelo y esparcimiento de mi vejez.

Todas mis aventuras fueron una serie de viajes, y esto constituyó lo trágico de mi existencia; a mí me gustaba la aldea, la agricultura, el terruño, el régimen sedentario y pacífico, y, sin embargo, pasé toda mi vida en el mar; al principio, por complacer a mi padre; después, obligado por el odio de una madrastra, que hacía mi existencia insoportable en la finca.

Serví quince años en una Compañía de barcos de vela que hacían su carrera por el Atlántico; casé a los treinta y cuatro de edad, quedando viudo y con un hijo, a los trece meses de matrimonio, y desde aquel punto y hora volví a tomar el mando de un buque y continué luchando con tempestades, hasta una edad que pasaba de la madurez. Con los ahorros que traje compré la humildísima choza en que hoy habito, y aquí permanezco solo, entregado por completo a mis amarguras, contemplando unas veces la pintoresca campiña que se extiende a lo lejos, siempre verde, y otras, elevando mis pensamientos a esos globos innumerables a cuya vista desaparece éste tan miserable que nosotros ocupamos.

En mi voluntaria inactividad, una sola ocupación, que forzosamente me he impuesto, hace que mis días no transcurran con entera monotonía. Poseo un pequeño bote, con palo y aparejo de falúa, y en él, cuando el estado del mar lo permite, salgo por la tarde a recorrer la costa, y en ocasiones me aventuro y avanzo hacia esa línea ilusoria en que se juntan agua y firmamento. Un instinto fatal, una tendencia sin causa ni explicación, me hace escapar al reinado de Neptuno y de los vientos, del que vuelvo satisfecho en parte, pero decaído siempre, para encerrarme de nuevo en mi cabaña y volver a arrastrarme en la rueda de mis negras melancolías.

Al cabo de los años, la falúa ha llegado a ser para mí una compañera fiel, una amiga leal e idolatrada. ¿Describiré el juguete de este último período de mi existencia? Sí; voy a describirlo.

Toda la historia de mis últimos tiempos está en esta falúa, cuyo casco pinto cada año de un color distinto, y cuyas jarcias cambio con frecuencia, sin necesidad apremiante, como obedeciendo a un indeclinable deseo de renovación. En cambio, no me preocupo ni por las velas de proa, foque y trinquetilla, ni por la ruina que las amenaza en su continua resistencia contra el viento Norte. La vela escandalosa, cuando éste aprieta, hace silbar las jarcias y tumba gallardamente la falúa. En fin, la mayor se ve atacada e hinchada por todos los vientos, aun en aquellos sitios en que la bahía ha negado la entrada a las grandes mareas. El complejo cuadro de esta cotidiana y limitada navegación, cuyas impresiones quedan apenas bosquejadas, proporciona a mi alma uno de esos espectáculos que guardaré para siempre entre sus recuerdos.

En cuanto al aspecto del medio en que este juguete se mueve y domina, renuncio a hacer de él ninguna pintura. Aquí las descripciones serían monótonas; abundan en los novelistas. Por otra parte, tengo un alma muy tosca y una dicción más tosca aún, como consecuencia necesaria de una vida pasada entre marineros. Bastante habré conseguido si alcanzo a mostrar, en un caso concreto, la persistencia y continuidad de oscuras pesadillas, extrañamente mezcladas de delicia y de terror; la posibilidad, por tantos hombres disputada, de poder dar nacimiento, en las crisis de la memoria, a un mundo quimérico exactamente semejante al mundo real.

Mas no se crea que mi tosquedad originaria me ha hecho extraño a las emociones de las grandes perspectivas. El Océano ha dejado en mi alma algo de su infinitud y de su variedad. De esta alma, que exteriormente podría juzgarse maciza, brota a intervalos un rumor tan confuso como el del mar para nuestro oído; pero yo lo percibo en sus innumerables escalas, como el mar, si tuviese conciencia, percibiría en sí mismo o para sí mismo el ruido particular de cada una de sus olas. Esa alma, para los extraños tan pequeña, llega en sus nostalgias hasta el imaginario límite del doble infinito, de la mar y de los cielos. Y es que sabe desmenuzarse a sí propia en su más insignificantes afectos para referirlos todos, todos, a la azul inmensidad que la domina y la rodea. Dido pidiendo al rey Jarbas permiso para comprar tanto terreno como podría rodear con una piel de buey, y cortándola después en tan delgadas tiras que ciñeron espacio capaz de comprender una ciudad, es un grotesco, pero exacto emblema de mi ciudadanía en el reino de Neptuno.

Por otra parte, mi ilustración no ha sido excesivamente descuidada. He leído, traducidos al español, casi todos los clásicos griegos y latinos y algunas obras de literatura inglesa: éstas en el original; y, por lo que a ciencia toca, conozco, y a menudo consulto, las "Matemáticas" de los hermanos Cirodde, la "Astronomía" de Herschell (hijo), y hasta la "Cosmografía" del padre Cappa, que fue marino antes que miembro de la Compañía de Jesús.

Reina en los alrededores de mi pueblo una tristeza absurda. Yo experimento y conozco otra tristeza muy diferente de ésta; una tristeza interesante, producida acaso por el aspecto de una soledad que el hombre no ha sabido animar con su energía; mi tristeza resulta, pues, una tristeza que pertenece a la categoría de las afecciones, y que es a las afecciones

sombrías lo que a lo sublime es lo bello, lo tierno y lo melancólico.

En mi afición por las excursiones marítimas hay algún misterio. Lo que se llama aficiones humanas suelen ser aficiones cósmicas, cuando no divinas; y el irresistible impulso que diz sentía Alarico de marchar contra Roma, es en el fondo el que me lanza a mis inocentes correrías por el Océano. Como el arte divino de la música nació en los templos y ha bajado hasta las tabernas, el irresistible impulso de todo un héroe germano, debelador del más poderoso imperio, ha venido a reconcentrarse en un vetusto capitán de marina mercante, retirado, viudo y sin hijos.

¡Hijos! Uno tan sólo me dio el cielo, y aquel hijo empezó por costar la vida a su madre. En mi cerebro está incrustada aún la imagen de ese hijo; su recuerdo no es una reminiscencia vaga, sino que se desenvuelve en el pasado como un cuento patriarcal lleno de nostalgia infinita.

Aquel hijo siguió mi carrera: se hizo piloto. Durante su niñez fue el muchacho más travieso y *escarramán* de la aldea, a lo que yo puse siempre buena cara, comprendiendo que de los niños hipócritas salen los hombres calaveras, y que el niño juguetero se convierte en hombre laborioso. Crióse al lado de una prima mía, de suerte que no lo veía sino cada vez que yo regresaba de mis viajes. Nunca estuve muy efusivo con él y hasta creo que él no me tenía gran cariño; pero en mi interior rendíale un verdadero culto y seguía en el silencio, casi en la oscuridad, los menores cambios de su figura a través de los años que transcurrían. ¡Parecíase tanto a su padre! Toda mi vida de niño, con sus alegrías fogosas y ardientes, afluía a mi pecho, inundándole como etéreo río, mientras lo miraba jugar con sus compañeros junto al cercado. Tenía aquel muchacho todo mi antiguo desenfado, la misma manera determinada de mover la cabeza, el mismo gesto altivo y sereno de la boca, la misma mirada maravillosa —verdadera mirada de marino— al levantar los ojos para tirar a un pájaro una piedra, o al dirigirlos hacia los límites visibles del mar y decir a sus compañeros que ya divisaba las velas de las lanchas pescadoras. Y asemejándose mucho a mí, me superaba en los detalles. Mi pelo crespo y pardo reproducíase en él con color negro intensísimo y rizado caprichosamente; mi rostro cuadrado y de mejillas ligeramente hundidas formaba en el suyo óvalo perfecto; y el pequeño encorvamiento de mi tronco no dejó la más pequeña huella en aquel busto membrudo y erguido. ¡Era hermoso, hermoso como mi esperanza!

Esta esperanza fue de corta duración. Cuando terminados sus estudios de pilotaje, entró como agregado en un buque para hacer su viaje de instrucción práctica, un naufragio misterioso y novelesco, pues ni aun precisar se pudo el lugar aproximado en que acaeció, me arrebató al pobre Pablo. El día de Reyes de 18... salió el bergantín "Argüelles" de La Coruña con rumbo a La Habana: han transcurrido veinte años, y aun no se ha sabido nada del barco y de sus tripulantes.

Hasta que me di cuenta de la desgracia no pude comprenderme a mí mismo. Gracias a ella, mi mundo interior se me presentó de repente claro y comprensible, y me sorprendió hondamente el haber podido esperar tantos años sin conocer que mi hijo era mi único consuelo, que él sólo llenaba todo el cielo de mis ilusiones. Las penas en mí ocultas no las percibí hasta que él me hubo faltado. Sólo entonces se me revelaron las penas interiores, como las estrellas se revelan cuando el sol se ha puesto. Desde entonces vengo regando la tierra con mis lágrimas, y jamás he vuelto a ver el sol de la felicidad en los enlutados horizontes de mi vida.

A medida que los años transcurren, una idea fija me llena de angustia el corazón.

Pienso que mi hijo no ha sido recibido por la tierra, esa buena madre que no establece diferencias, y que a todos acoge con la misma ternura. Pienso en esta *Danae* antigua, retenida por su padre en la sombría prisión del invierno, pero en perpetua y amplia comunicación con el cielo brillante, cuyos rayos caen sobre su seno como una lluvia de oro. Y me horroriza considerar que mi hijo no fue en ella sepultado, que mi hijo no tiene ataúd...

Otra de mis ideas fijas es la de concebir el mar como un elemento que tiene un centro desconocido, una Fuente Sagrada que eternamente lo alimenta. Los griegos hablaron ya del palacio de Neptuno. En lo profundo de los mares, decían, hay un maravilloso edificio de cristal, donde el oro, las perlas y las piedras preciosas son vulgares adornos; allí tenía Neptuno su corte, a la que asistían todas las marítimas deidades. Para mí, el santuario de Neptuno es o debe ser otra cosa. Comprendo como un continente misterioso y extraño, de cuya tierra brota el agua hasta llegar al cielo, continente rodeado de mares distintos de los que dominamos y recorreremos. Seguramente en las horas de calma esos mares serán admirables, pero mudables en gran manera; cambiarán de repente y no quedará entonces más recurso que encallar en la arena o guarecerse entre las rocas.

Hay momentos en que, fijando la atención en el pavoroso enigma de la existencia, me pregunto si no podrían tener color, vida y movimiento las sombras de las personas. Recuerdo haber leído en Píndaro: "El hombre es el sueño de una sombra". Y también recuerdo haber completado este texto con la inscripción de la estatua del Louvre: "La vida futura del hombre, la vida ideal y definitiva, es un sueño; pero un sueño tal y como pueden ser los sueños de la Divinidad, la cual, bien comprendida, se resuelve en el amor". Aquí está el secreto de esa ley de que habla grandiosamente el poeta: "*L'amor che muove il sole el'altre stelle*".

Tantas y tan continuas preocupaciones han empezado a hacerme perder el apetito, y acabarán por hacerme perder la cabeza. Paso días enteros sin comer y mi cuerpo está demacrado, y mi alma atormentada por todos los sufrimientos que la imaginación puede inventar. A pesar mío, veo que me arrastro y resbalo por la suave pendiente de una depresión enferma, que empeña mi ya débil fantasía en continuas meditaciones en que mi hijo me pide su ataúd.

Este estado inconsciente y antiespasmódico de mi espíritu me lleva a una manía funesta. El pensamiento del ataúd de mi hijo ha llegado a ser para mí una necesidad real. En todas mis cavilaciones está el ataúd, y hoy, como ayer, como siempre, un rostro pálido y amarillo me lo implora. Esta forma se hace casi palpable, esta visión se precisa hasta remover mi corazón con latidos más rápidos. Y no duermo, no me alimento, no sosiego un instante pensando que el mar, únicamente el mar, tiene la culpa de todo. Llego a explicarme que los antiguos pueblos mirasen con suma aversión al mar durante muchos siglos; yo comprendo el supersticioso temor que los egipcios le tenían; comprendo que los indios juzgasen impío aventurarse en sus aguas.

Al mar, sólo al mar odio yo en este mundo... ¿Y por qué odio yo tanto al mar?, me digo a mí mismo. Y me lo repito muchas veces a mis solas...

Esta tarde, cerca ya del oscurecer, he emprendido mi cotidiano viaje por mares hasta hoy desconocidos, más feroz, más sombrío, más soberbio, y dispuesto a increpar y maldecir al mar, al autor de la muerte de mi hijo.

En el momento en que el último rayo de sol iluminaba las aguas, he visto pasar, a

menos de un cuarto de milla de mi falúa, dos barcos que navegaban con bandera extranjera y que parecían venir de muy lejos, de muy lejos... Sus marinos cantaban con voz lúgubre aires extraños para mí, pero que me hicieron pensar en una patria distante, recordándome involuntariamente a los cautivos de Israel, cuando, sentados a la sombra de los sauces de Babilonia, evocaban, tristes, las glorias de Sion, y entonaban, llorosos, las canciones de la patria.

Por espacio de algunas horas he arrastrado esa melancolía de ola en ola, de vaivén en vaivén y de rumbo en rumbo, sin poder sacudirla, y hasta que al fin ha acabado ella por vencerme: entonces empiezo a soñar en esa forma que se llama "soñar despierto" y el mar cambia a mi alrededor, y diviso en lontananza tierra. Esta tierra me es enteramente desconocida: ¿Será la que ha albergado a mi hijo después del naufragio?

A medida que me acerco a ella, mi sorpresa crece por instantes. Aquella tierra no es como las demás: diríase morada de dragones y monstruos. La naturaleza, con sus armonías y sus proporciones, no aparece allí por ningún lado; la vegetación es allí una caricatura tan fabulosa como el suelo. Sólo diviso árboles enanos y playas gigantescamente fantásticas. Mis oídos se sienten ensordecidos por resacas voluptuosamente chillonas. Un violento y continuado torbellino eleva hasta la altura de las nubes el agua de los ríos y de los lagos. Todo es extraño y singular y me hace pensar si habré llegado al santuario de Neptuno.

Sorprendido en lo profundo del sueño por un violento golpe de agua, encuéntrome de nuevo en el mar. Ya no hay barcos extranjeros ni tierras desconocidas: estoy solo, solo, en la superficie del Océano.

Y otra vez atormenta mi alma la obsesión, siempre antigua y siempre nueva del ataúd de mi hijo.

Mi hijo ha sido devorado por este monstruo, por este mar que odio y venero a la vez, como los desdichados sin pan, obligados a respetar la propiedad ajena; como las mujeres ofendidas en sus deseos y en la delicadeza de su organismo, obligadas a obedecer a su esposo; como los sacerdotes sin creencias, obligados a permanecer en su comunión... Mi hijo no ha encontrado la tierra, esa madre buena y grande que se extiende a lo lejos, siempre joven; que es suave como una alfombra para el que ha honrado a Dios con plegarias y con virtudes... ¡Sí, tierra!, tú te hubieras levantado sobre el cuerpo de mi hijo. No hubieras herido de ningún modo sus huesos. Hubieras sido para él agradable y dulce. Le hubieras cubierto como una madre cubre a su hijo con la falda de su vestido... ¡Oh, hijo mío!, la tierra no se ha levantado sobre tu cuerpo. Pero algo queda de tu ser, y yo he formado en mi corazón un ataúd para que de ningún modo sean heridas las fibras de ese algo, que es tu alma... ¡Hijo mío querido, que te sientes abandonado de los hombres, el corazón de tu padre es tu verdadero ataúd!... Y tú, mar tan inmenso como estúpido, dime de qué te sirve tu despreciable inmensidad, cuando no sabes hacer con todo tu poder maldito lo que ha podido hacer con su corazón este pobre viejo.

E incorporándome en la falúa quedo mirando al mar en actitud de desafío, como retándole a la construcción del ataúd o a una lucha suprema e imposible.

Reina grave silencio en el Universo; nada osa turbar, ni aun las mismas olas de estos mares, la edificante calma de la inmensidad sidérea. La luna hace brillar sus plateados rayos, y en ella, como en un espejo construido con luz, empiezo ¡oh sorpresa de las sorpresas!, empiezo a ver mi propia cara, una cara solemne y triste, cuyos ojos pacientes parecen reflejar

toda la amargura de este postrer insulto lanzado por el astro feo, por el astro absurdo de la noche, a la hermosa y humana tristeza de un pobre padre.

Lleno de horror, retiro mi vista del alto cielo clavándola en el mar, y un grito de una intensidad incomprensible, de un tono extraño y monstruoso, se escapa de mi pecho acongojado. Sobre las inquietas olas, y a una distancia de menos de tres brazas, flota un ataúd, un verdadero ataúd de madera... Es tan artístico como lo permite la ciega y burda aptitud del Universo material que me lo regala. Pero me lo regala, sí, me lo regala por sarcasmo, por mostrar su superioridad sobre mí, y debo agradecerérselo, se lo agradezco...

El temor de perder esta visión sublime es el único temor que ahora me espanta; pero no, que precede a la falúa sin perder un punto la distancia que le separa de ella. Ea, pues, padre feliz, rompe ese timón, que para nada te sirve ya; puedes a tus anchas vagar por el Océano, siempre acompañado del ataúd de tu hijo. ¡Es tan dulce abandonarse a un sueño hermoso!

¿Pero será, en efecto, un sueño y nada más que un sueño?

La falúa no gobierna; he arrojado el timón al fondo del mar. Si es verdad que la luz de la mañana extingue los sueños hermosos, el primer rayo de luz en el cielo me dejará solo para siempre, en esta pavorosa inmensidad.

Las horas pasan y yo casi no las siento; continuamente absorbo en la contemplación del ataúd de mi hijo, las horas son para mí lo que las flechas son para las plumas que arrastran.

Poco a poco el mar se aclara a mi alrededor y el cielo aparece también vestido de una singular claridad muy triste, que es la claridad del alba.

Y el sol sale, y mi estupefacción llega a un grado supremo de enajenación y delirio. ¡El ataúd flota, flota y flotará siempre en mis ensueños!... El milagro es permanente... Lo veo, lo tengo ante mis ojos en su solemnidad y en su terror.

Voy con el ataúd al santuario de Neptuno, voy al centro de los mares, donde brota eternamente la Fuente Sagrada.

¡Oh ataúd, invisible para mí hasta hoy, y desde hoy guiador de mis pasos sobre el abismo, no me abandones, porque no quiero sin ti ocultar la vida en la lobreguez del otro mundo!

Libros Tauro

<http://www.LibrosTauro.com.ar>